

Hawaii, Paraíso del Pacífico

Por

Luis BRAVO Bravo

Capitán de fragata, Armada de Chile

II

EVOLUCION HACIA EL ESTADO DE HAWAII



LOS MIEMBROS de la "Annexionist League" esperaron sin duda que la vida del Gobierno Provisional sería breve, y que la anexión de Hawaii por parte de los Estados Unidos vendría casi de inmediato; pero no ocurrió así porque, como habíamos visto, el gobierno norteamericano no estaba interesado en Hawaii, y debieron transcurrir cinco años y una guerra para hacerle comprender cuál era el valor de las islas.

Quizás si un factor decisivo en el triunfo del golpe de estado que derrocó a Liliuokalani, fue la presencia en Honolulu de las fuerzas de desembarco de los buques norteamericanos surtos en puerto, que actuaron en tierra para imponer orden, lo que como sabemos no ocurría por primera vez, a petición del Ministro de Estados Unidos en Hawaii, John L. Stevens, quien, simpatizante al menos de la "Annexionist League", se mostró demasiado presuroso en reconocer al nuevo gobierno.

Era la época de transición en los Estados Unidos entre los presidentes Benjamín Harrison y Grover Cleveland. Liliuokalani, conociendo personalmente a ambos, envió sendas cartas pidiendo apoyo a su causa. Cleveland, al asumir el poder, ordenó una investigación, y manifestó su voluntad de reponer a Liliuokalani en el trono de Hawaii con el apoyo de los Estados Unidos.

Esto pareció demasiado al Gobierno Provisional, encabezado por Sanford Dole, por lo que el 4 de julio de 1894 proclamó la República de Hawaii, cuyo Presidente fue, por supuesto, Sanford B. Dole.

Los nativos hawaianos intentaron en enero de 1895 una contrarrevolución, la que abortó fácilmente sofocada por las tropas de la "Annexionist League". La reina Liliuokalani fue, como consecuencia, acusada de traición, y puesta bajo arresto domiciliario.

El tiempo, sin embargo, hizo justicia a esta mujer brillante, nacida, por desgracia, demasiado tarde. Comprendiendo

que ya nada podía hacerse, se retiró pacíficamente a "Washington Place", la hermosa mansión que heredara de su esposo, el gobernador Dominis, en Honolulu, donde vivió entre sus flores escribiendo música y realizando diversas obras de ayuda a los nativos hawaianos. Debó conceder múltiples audiencias y recibió constantes e innumerables muestras de afecto de quienes fueron sus súbditos. Su renombre crecía a medida que la inmortal canción "Aloha Oe" se hacía más y más popular en las islas. En 1911 concurreó, como huésped de la Armada norteamericana a bordo del USS "California", a la inauguración de las obras de la Base Naval de Pearl Harbor, compartiendo honores con su antiguo enemigo y sucesor Sanford Dole. Cuando Estados Unidos entró en la I Guerra Mundial en 1915, ella cooperó a fundar en Hawaii la Cruz Roja Americana, y entonces, como homenaje raramente acordado a un ex monarca, la bandera de las barras y las estrellas flameó sobre "Washington Place" proclamando la lealtad de una reina a su nueva patria: una República.

Liliuokalani falleció a la edad de 79 años, en "Washington Place", la mansión donde fue esposa feliz y reina viuda destronada, el 11 de noviembre de 1917, y por última vez en Hawaii tuvo lugar la solemnidad y la pompa acordadas a los servicios fúnebres de los monarcas reinantes. El cadáver de la ex reina fue expuesto durante una semana en la iglesia de Kawaiahao para veneración del pueblo, y al sexto día fue velado en la Sala del Trono en Iolani Palace. Luego, el domingo en la mañana, 40.000 personas repletaron las calles de Honolulu para rendirle un último homenaje al paso del cortejo fúnebre real. Con la pompa tradicional de los reyes de Hawaii, Liliuokalani encontró su última morada en el "Royal Mausoleum", junto a los monarcas nativos que la precedieron.

Pero, luego de su muerte, la memoria de la ex reina no fue cubierta por el polvo del olvido. Una creciente corriente de admiración y veneración hacia ella nació entre la juventud hawaiana de origen norteamericano, vale decir, entre los hijos de quienes un día la destronaron. Este es el origen de una de las mayores paradojas del Hawaii de hoy: que el gran orgullo de los ciudadanos de un estado

republicano lo constituya el haber sido un día monarquía.

En 1898 estalló la guerra Hispano-Norteamericana, y dado que el imperio colonial español, ya en franca decadencia, incluía las Filipinas, se hizo evidente el nuevo papel estratégico y político de los Estados Unidos en el Pacífico, del cual Hawaii parecía ser la llave que gratuitamente se ofrecía al gran país de Norteamérica. El Congreso norteamericano aprobó la anexión el 7 de julio de 1898 y, por supuesto, Sanford B. Dole asumió como el primer Gobernador del "Territorio de Hawaii".

En el último decenio del siglo XIX comenzó a aumentar en Hawaii la inmigración de orientales como trabajadores agrícolas para las plantaciones de azúcar, de los cuales el Japón pasó a ser la principal fuente de abastecimiento. Hacia el año 1900, cuando la ley norteamericana comenzó efectivamente a regir, había ya más de 60.000 japoneses en las islas. En 1907, mediante un acuerdo con el gobierno japonés, Estados Unidos trató de detener la inmigración; sin embargo se continuó admitiendo japoneses en el Territorio hasta 1924, cuando la política norteamericana de inmigración se hizo más estricta; pero para esa fecha el 42% de la población de las islas era japonesa.

Pese a esta fuerte inmigración de trabajadores orientales, la demanda de mano de obra en las plantaciones de azúcar continuaba siendo mayor que la oferta, lo que hizo necesario recurrir además a otras fuentes de posibles inmigrantes. En este aspecto las Filipinas, que habían pasado a manos de los Estados Unidos a raíz de la guerra con España, presentaban la ventaja de no estar sujetas a las leyes de inmigración, y es así como entre 1907 y comienzos de la II Guerra Mundial más de 100.000 filipinos fueron llevados a Hawaii como trabajadores agrícolas.

Además de las tres fuentes principales de inmigrantes para proveer mano de obra en los ingenios azucareros que hemos nombrado: China, Japón y Filipinas, hubo otras de menor importancia como Corea y Portugal, y en menor escala aún Rusia, España y Puerto Rico, llegando a totalizar entre todas ellas la impresionante cantidad de 400.000 personas, mayoritariamente hombres.



Hawaii State Capitol Building, el moderno palacio de la Gobernación del Estado de Hawaii, situado a corta distancia de Iolani Palace.

Naturalmente no todos estos inmigrantes permanecieron en Hawaii, pero sin duda más del 50% así lo hizo, constituyendo el origen de la sociedad multinacional que hoy puebla las islas. En esta forma, la política laboral de las plantaciones se transformó a la larga en la política poblacional del nuevo Territorio.

En el período que recordamos el poder político estaba subordinado al poder económico, y éste se encontraba centralizado en las manos de los magnates de la industria azucarera y en menor grado en las de los dueños de plantaciones de piñas, cuya importancia como producto de exportación aumentaba día a día. Cinco grandes compañías azucareras y una sexta comercial regían los destinos de Hawaii.

Una nueva aristocracia, la formada por los industriales blancos, vino a reemplazar a la nobleza nativa hawaiana descendiente de los antiguos jefes. En cuanto a política general del Territorio, la idea era bastante simple: mantener Hawaii como una gran plantación de caña de azúcar y piñas, nada más. El ordenamiento social imperante, derivado de esa idea matriz, era tan elemental como arbitrario: una jerarquía laboral basada en la raza y la nacionalidad, en tal forma que los orientales permanecieran en las plantaciones y factorías, reservando la propiedad de la tierra y el poder exclusivamente para los hombres de raza blanca.

Esta injusta situación, que nadie tuvo interés o poder para modificar, vino a ser alterada por el simple transcurso del

tiempo. En efecto, los hijos de inmigrantes no blancos nacidos en Hawaii, no fueron ya extranjeros aislados por el idioma y las costumbres, sino ciudadanos norteamericanos que podían, por primera vez, hablar de "derechos", entre los cuales, ahora que bajo bandera norteamericana las bayonetas ya no mandaban, destacaba el voto. Y los "americanos no blancos" resultaban ser mayoría en las islas.

Pero esta situación no era en realidad tan simple como puede parecer a primera vista, ya que esta nueva generación, si bien era americana por nacimiento y residencia, no por ello dejaba de ser mayoritariamente oriental; pertenecía a la sociedad americana pero también eran miembros de las familias inmigrantes, y por influencia de sus padres, en especial en el caso de chinos y japoneses, mantenían fuertes lazos culturales, familiares y aún políticos con su tierra de origen. Estos lazos eran perpetuados por iglesias, escuelas, diarios y asociaciones que preservaban el idioma, las costumbres y las tradiciones culturales orientales vivas en las nuevas generaciones.

El problema era particularmente delicado en el caso de los japoneses, tanto por ser el grupo inmigrante mayoritario, como porque al otro lado del Pacífico la influencia del Japón crecía día a día, alzándose, ya en las primeras décadas de este siglo, si no como un enemigo potencial de Estados Unidos, al menos como un rival poderoso en el océano cuyo centro ocupaba Hawaii.

No es de extrañar entonces que la comunidad blanca residente mirara con recelo la influencia oriental en las nuevas generaciones, y decidida a "americanizarlas", las emprendiera contra las instituciones que las ligaban a la patria de sus padres, principalmente las escuelas orientales. Se trató de pasar una ley que las prohibiera, pero hubo oposición de los "americanos orientales", y el asunto cobró revuelo llegando hasta la Corte Suprema de los Estados Unidos, la que, en 1927, falló en favor de la legalidad y constitucionalidad de las escuelas de lenguas extranjeras. El poder blanco perdía así su primera batalla y comenzaba a ceder terreno. No estaba, ni mucho menos, extinguido aún, pero iniciaba su lenta decadencia.

En el intertanto, había comenzado el desarrollo de Pearl Harbor como Base Naval. En 1908 el Congreso norteamericano autorizó la inversión de 6.200.000 dólares para el dragado del canal de acceso, la construcción de talleres y el comienzo de las obras del Dique Seco N° 1, que fue terminada en agosto de 1919. La inauguración oficial de las obras, como hemos visto, se hizo en 1911.

Hacia mediados del decenio de 1930 el problema de los americanos de ascendencia oriental, a medida que el enfrentamiento en el Pacífico entre los Estados Unidos y Japón se hacía más y más probable, dejó de ser simplemente regional para pasar a ocupar un plano de importancia nacional. Hawaii era para entonces la base militar avanzada más importante del Pacífico, tanto en el aspecto naval como en el militar propiamente tal, y en esa base la población japonesa era de alrededor de 160.000 personas. El asunto de la lealtad de los hawaianos de ascendencia japonesa constituía una interrogante que sólo la guerra podría resolver.

Sufría así Hawaii la consecuencia de haber subordinado el interés nacional al interés particular de un grupo minoritario; o expresado en otras palabras, de haber subordinado la política nacional al interés comercial de las entidades que regían la economía de las islas. Se confirmaba así, una vez más, que una política nacional, para propender realmente al bien común, debe estar por encima de lo que momentáneamente pueda parecer

conveniente para unos pocos, por poderosos que estos sean, y tener la mirada puesta allá lejos, no en lo que hoy es, sino en lo que será mañana. La generación presente es sólo un hito en la vida del Estado, y debe aportar su cuota de sacrificio en pro del bien común de éste, que vela no sólo por los hombres de esta generación, sino también por los de las generaciones venideras.

El domingo 7 de diciembre de 1941, a las 0755 horas, cazas y bombarderos japoneses basados en portaaviones atacaron Pearl Harbor y otras instalaciones militares en la Isla de Oahu, hundiendo varios acorazados, cruceros y destructores norteamericanos surtos en la bahía, y dañando gravemente a otros, destruyendo la mayor parte de la aviación militar de la Base Aérea de Hickam y causando a las Fuerzas Armadas Norteamericanas el mayor daño de su historia militar.

La II Guerra Mundial para los Estados Unidos comenzó en ese minuto.

Los japoneses lograron sorpresa absoluta atacando desde el norte, es decir desde el interior de la isla en lugar de hacerlo desde el mar. Para ello la Fuerza de Tarea japonesa se situó unas 100 millas al norte de Oahu, y los aviones entraron por el valle de Wahiawa, por sobre las plantaciones de piñas y caña de azúcar. La Ley Marcial comenzó a regir en Hawaii en las horas que siguieron al ataque, y, naturalmente, toda la población japonesa de las islas quedó bajo sospecha de complicidad. Siguió horas y días tensos, hasta que se hizo evidente que el primer ataque devastador recientemente sufrido no sería seguido por la invasión de fuerzas niponas.

Alrededor de un 1% de la población japonesa residente, principalmente sacerdotes budistas y shintoístas, profesores de idioma, editores de diarios y otras prominentes figuras orientales, fue arrestada primero en Hawaii y luego en "Mainland" (Estados Unidos continental). Sin embargo, y afortunadamente para la generación actual, las investigaciones llevadas a cabo por el FBI y otras agencias durante y después de la guerra, demostraron que ningún hawaiano japonés era culpable de sabotaje o espionaje.

Pasado un año de guerra se formó el "100° Batallón" del US Army, integrado

por descendientes de japoneses, para luchar en Europa bajo bandera norteamericana, y luego el 442º Regimiento de "Nisei", como ellos se denominaban en la lengua de sus padres. A decir verdad lucharon gallardamente, y fueron una de las unidades de combate más condecoradas del Ejército de los Estados Unidos en el teatro europeo.

Pero la guerra cambió la sociedad de Hawaii irreversiblemente. Después de 1945 era ya imposible que las condiciones volvieran a ser las mismas que antes de las hostilidades. Como signo más visible la población oriental comenzó a ser políticamente activa, y los trabajadores se dieron una fuerte organización gremial, cuya gravitación se hizo sentir pronto.

La organización gremial, efectivamente, alcanzó madurez muy poco después de la guerra, y hacia 1949 fue ya capaz no sólo de provocar huelgas en las plantaciones sino además en el frente marítimo, ocurriendo, precisamente en ese año, un paro portuario que hasta hoy es recordado en Hawaii por haber sido sumamente duro y prolongado. Como Hawaii depende vitalmente de las comunicaciones marítimas para su comercio y subsistencia, éste fue un golpe brutal a la economía de las islas, que puso en evidencia, aun para el observador más miope, no sólo la tremenda fuerza alcanzada por la organización gremial, sino el hecho que el poder político había cambiado otra vez de manos en Hawaii.

Hubo alguna infiltración comunista en los gremios, lo que acarrió investigaciones, y en 1953 varios dirigentes fueron arrestados, juzgados y condenados por tales hechos.

Hacia esa misma época emergió también a la arena política el asunto de convertir a Hawaii en un Estado de la Unión Norteamericana. El asunto no era nuevo, y había sido ya discutido en la década de 1930. No había alcanzado éxito en consideración a la lejanía de Hawaii del continente americano, a su heterogénea población no blanca con elevado porcentaje de japoneses, y a la inercia a aceptar un estado que indudablemente era diferente de cualquier otro de la Unión. Todos estos inconvenientes estaban ahora superados: en efecto, el avión jet, que debutaba en el transporte aéreo, ponía a las is-

las a 5 horas escasas de la costa de California, la población de ascendencia extranjera, incluso la japonesa, había luchado en la guerra bajo bandera norteamericana, y lo había hecho con indiscutible lealtad y valor, y finalmente, existía un precedente en el cual apoyarse: Alaska, también físicamente separada del gran país del norte y con una población mayoritariamente no blanca, había sido admitida como el 49º Estado de los Estados Unidos de Norteamérica.

Por otra parte Hawaii pagaba en impuestos anualmente una suma mayor que algunos Estados, su población era más numerosa que varios de ellos en el momento de su admisión, y había permanecido más de 50 años en calidad de Territorio, bastante más que cualquier otro Estado. El asunto de ser admitido en la Unión era cuestión no sólo de conveniencia para Hawaii, sino también para los Estados Unidos; la guerra había mostrado que las islas le eran vitales al país para su defensa hacia el Pacífico, y era indudable que no podía mantenerse indefinidamente a la población de ellas en el status de ciudadanos norteamericanos de segunda clase: con todas las obligaciones pero sin la totalidad de los derechos.

Así, el 11 de marzo de 1959 el Senado norteamericano aprobó la Ley que daba a Hawaii la calidad de Estado, al día siguiente lo hizo la Cámara de Representantes, y el 21 de agosto de dicho año Hawaii pasó oficialmente a convertirse en el 50º Estado de los Estados Unidos de Norteamérica.

El camino desde la condición de islas primitivas desconocidas a la de parte integrante del país más poderoso de la Tierra, había tardado menos de dos siglos. Indudablemente la historia de Hawaii no terminó allí, pero pasó a formar parte de otra mucho más amplia, que escapa al propósito de este artículo.

HAWAII DE HOY

Estadísticamente, de acuerdo a las proyecciones del último censo, la población del Estado de Hawaii es actualmente de unos 800.000 habitantes, de los cuales unos 600.000 viven en la isla de Oahu, y de éstos, 500.000 en la ciudad de Honolulu y sus alrededores. La población de

las restantes islas, aunque enormemente menor que la de Oahu, presenta bastante variación, y va desde unos 80.000 habitantes para la Isla Grande de Hawaii, a 2.500 para Lanai y sólo 254 para Niihau.

En cuanto a raza o país de origen, todos forman parte en Hawaii de una minoría racial y nacional. Ninguna raza o nacionalidad puede atribuirse el ser mayoritaria en las islas. Se han practicado varios censos tendientes a establecer la composición porcentual de la población en cuanto a raza y origen, pero dada la gran cantidad de mezcla interracial e internacional existente, sus resultados varían notablemente, dependiendo de los argumentos que se hayan fijado para catalogar a la población mestiza en uno u otro grupo.

Quizás si el grupo racial realmente minoritario sea el formado por los hawaianos y mezcla de hawaianos de ancestro polinésico; es difícil precisar su número, pero no debe exceder de unas 15.000 personas.

Nadie es extranjero en Hawaii, por la sencilla razón que todos en el fondo lo son un poco, y en las calles de Honolulu no es raro oír hablar los idiomas más insospechados. Es también lo más corriente llamarse Smith, Chang o Miranda, y el llevar cualquiera de estos apellidos no identifica necesariamente a su poseedor como extranjero.

En cuanto a idioma, la casi totalidad de la población de Hawaii habla el inglés, que es el idioma oficial desde hace 80 años.

El segundo idioma, aunque no oficial, es el japonés, que es dominado quizás por un 50% de la población. Gran parte de las leyendas en restaurantes, tiendas y sitios públicos, son bilingües, inglés y japonés, y en los centros turísticos del área Waikiki se editan incluso revistas y periódicos en esta última lengua. La corriente turística proveniente del Japón ha contribuido a preservar el idioma en las islas.

El inglés que se habla en Hawaii quizás sea el más deplorable de todos los Estados de la Unión, que como es sabido, no se caracteriza en general por la corrección del idioma.

Los inmigrantes, que hasta hace apenas 40 años fluyeron en gran número a las islas, de diversas latitudes y grupos étnicos, no tuvieron la cultura suficiente para aprender el idioma de su nueva residencia, y lograron captar sólo un mínimo, mal usado y mal pronunciado, indispensable para satisfacer sus necesidades elementales. Esto dio origen al "Pedgin English", el dialecto típico de Hawaii.

El "Pedgin English", aparte de su pésima pronunciación, tiene otras características que merecen ser destacadas. En primer término está el casi total reemplazo del pronombre "Yo" (I en inglés) por el "Me", y luego la eliminación casi completa de los verbos. Estos últimos son obviados, o cuando no es posible hacerlo, son reemplazados por gestos. En este aspecto, una anécdota que se hizo célebre entre los chilenos que estábamos en Hawaii fue la explicación que recibimos del capataz de la cuadrilla de carena del di-



USS. Arizona Memorial, monumento construido sobre el casco a pique del acorazado "Arizona". Note-se que la bandera norteamericana, que jamás ha sido arriada desde que quedara aflorada flameando al hundirse el buque, está instalada en la prolongación del mesana del casco náufrago.

que, acerca de porqué había comprado un nuevo automóvil americano y no uno japonés. Nos dijo textualmente: "American car: good car" (pulgar de la mano derecha hacia arriba), "japanese car: bad car" (pulgar de la mano derecha hacia abajo), "Me (pulgar de la mano derecha hacia él) American car" (pulgar de la mano derecha hacia arriba). Como puede apreciarse no le fue necesario el empleo de verbos.

Cabe tener en cuenta que este hombre no era un extranjero; era hawaiano hijo de padres portugueses, nacido en las islas en las que había vivido unos 50 años, ya que esa era su edad aproximada.

Su deficiencia idiomática tampoco se debía a que usara constantemente en su vida familiar otro idioma, ya que según él mismo manifestó, pese a que comprendía algo de portugués, en realidad no lo hablaba, y era casado con una norteamericana de ascendencia no latina. La explicación del fenómeno es sencilla: su idioma era el "Pedgin English", no conocía otro.

Siempre me había llamado la atención el que gente llegada a Hawaii años atrás hubiera podido olvidar su idioma natal; no me lo explicaba. Hasta que un día tuve la suerte de ser invitado a un club de portorriqueños. Esto, pensé, por tratarse de gente que nació hablando castellano, me permitiría explicarme algunos aspectos aplicables en general a las minorías raciales extranjeras, y así ocurrió en efecto.

Mi primera sorpresa tuvo lugar al constatar que el idioma empleado en la reunión no era el castellano sino el inglés. Conversé luego con algunos de los miembros más antiguos del club, entre ellos un negro anciano, de más de 80 años de edad, y otros que llegaron a las islas como obreros agrícolas hace 50 ó 60 años. Hablaban una extraña mezcla de inglés y castellano, empleando, al construir la oración en un idioma, palabras o aún frases completas en el otro.

Y entonces comprendí. Habían sido enganchados como inmigrantes en localidades agrícolas remotas en su tierra natal, atrasadas y por lo general aisladas, su nivel de vida había sido paupérrimo, y la miseria los hizo emigrar. Su nivel cultural al llegar era bajísimo, y en la mayoría de

los casos eran analfabetos; su lenguaje, por lo tanto, era limitado, pobre y poco flexible. Se encontraron en un mundo diferente, más avanzado, lleno de objetos, instrumentos y artefactos cuyos nombres desconocían en su idioma natal, y muchas veces desconocían también los verbos necesarios para indicar su empleo. El castellano, mejor dicho, su castellano, ya no satisfacía sus requerimientos mínimos de expresión, y carecían del conocimiento y de la cultura general necesarios para aprender el inglés, cuya construcción gramatical diferente les resultaba no sólo intraducible sino incomprensible. Sólo les quedaba en consecuencia una solución: emplear la mezcla de ambos idiomas para comunicarse entre sí, y emplear el "Pedgin English" para comunicarse con el grupo exterior. A medida que el tiempo transcurrió, por diferentes causas fueron quedando menos, sus hijos no heredaron un castellano casi inútil, y así fueron empleando cada día menos la mezcla idiomática y cada día más el "Pedgin English", hasta casi olvidar el poco castellano que sabían al llegar.

Sus apellidos incluso han sido deformados, por ignorancia o por afán de hacerlos más fáciles en un país de habla inglesa, y así por ejemplo los Pérez perdieron la "z" final trocándola por "s", y ya no se pronuncian Pérez sino "perrés".

Esta experiencia vivida en el Club de Portorriqueños es aplicable a las numerosas minorías raciales de las islas, y se puede apreciar en los diferentes clubes nacionales que aún existen. Estos clubes nacieron como asociaciones de ayuda mutua indispensable en un mundo desconocido, aislados por la barrera del idioma y, en muchos aspectos, hostil.

Están formados por los inmigrantes ancianos que aun quedan, y por los hijos de los que les antecedieron, todos ya gente de edad madura. No hay juventud en ellos. Los hijos de estos hombres, nacidos todos durante o después de la guerra, se integraron a la sociedad hawaiana que fue inaccesible a sus padres; ya no requieren de asociaciones. La mayoría ya no habla el idioma de sus padres, y los pocos que pueden hacerlo se niegan a emplearlo. Para ellos no es un galardón ser portorriqueños, filipinos o coreanos, quieren ser simplemente hawaianos. Quizás la única excepción en este aspecto la

constituyen los japoneses, que si bien no han mantenido las costumbres, mantienen al menos su idioma y algunas tradiciones culturales.

En realidad Estados Unidos ha procedido muy hábilmente en este conglomerado cosmopolita que es Hawaii. Comprendiendo que era muy difícil transformar en norteamericanos a polinésicos, japoneses, chinos, filipinos, portugueses, etc., optó por hacerlos a todos "hawaianos", exaltando el pasado histórico de las islas, su cultura multirracial, sus tradiciones polinésicas, su belleza natural, e inculcando en los descendientes de estos hombres llegados de los cuatro puntos cardinales un entrañable amor a su tierra, a la única que han conocido y donde han encontrado bienestar: Hawaii. Todos ellos tienen conciencia y orgullo de ser hawaianos, y como en las islas no existe segregación racial de ningún tipo, ni hay una mayoría racial dominante, ni siquiera blanca, carece de importancia práctica el ser de una u otra nacionalidad. En cuanto a costumbres, la adopción de las costumbres norteamericanas los iguala a todos.

Así, siendo todos hawaianos, al pasar Hawaii a ser un Estado de la Unión pasan a ser norteamericanos como una consecuencia.

Para lograr esto puede decirse que Hawaii vive su pasado histórico quizás más que ningún otro lugar. Numerosas palabras polinésicas se encuentran incorporadas al idioma corriente de las islas, tales como "Aloha" (adiós, bien venido, amor) o "Mahalo" (gracias); las principales calles, avenidas y autopistas llevan los nombres de los reyes hawaianos, como Kamehameha, Lunalilo, Kalakaua, etc., y las restantes llevan nombres polinésicos, tales como Kilauea, Ala Moana, Ala Wai, Piikea; y aún en las que llevan nombres ingleses muchos de ellos están referidos a la historia hawaiana o son traducción del hawaiano, como King Street, la Calle del Rey que pasa frente al palacio real, Queen Street la paralela que sigue, Bishop, Dillingham (famoso industrial de Hawaii), etc. La bandera del Estado de Hawaii es exactamente la misma del Reino de Hawaii: ocho franjas horizontales, en azul, blanco y rojo, representando las ocho islas principales, y el

Unión Jack británico en el vértice superior izquierdo. El Sello del Estado es, con mínimas modificaciones introducidas por la costumbre, el Escudo de Armas de los reyes nativos, que lleva por supuesto la corona real y el antiguo lema de los monarcas: "UA MAU KE EA O KA AINA I KA PONO", que significa "La vida de la Tierra se preserva en la Justicia". El Estado tiene además un "apodo oficial" que fue aprobado por ley: "Aloha State".

Pero sin duda lo más notable es el Himno Oficial del Estado: el "Hawaii Pono", el mismo himno de la época de la monarquía que compuso el rey Kalakaua. Su letra, llena de recuerdo y poesía, no es sin duda la que podía esperarse en el himno oficial de un Estado republicano. Su traducción, tomada de la traducción al inglés, es la siguiente:

"Hijos de Hawaii, mirad a vuestro Rey
El jefe real, el jefe,
El padre celestial, es Kamehameha
Vosotros y yo defenderemos (el país)
con la lanza".

La tradición polinésica también se encuentra presente en innumerables costumbres. Cualquiera fiesta o reunión social es siempre amenizada por cantos o más usualmente por danzas hawaianas, en especial el "hula", que son interpretadas por artistas y conjuntos de aficionados, o bien por miembros de la misma concurrencia en el caso de fiestas particulares.

El vestido usual es para los hombres la "Aloha Shirt" (la tradicional camisa hawaiana multicolor) y para las mujeres el "Muu-Muu", vestido de tela multicolor largo y suelto; ambos derivan del vestido que los misioneros hacia 1830 enseñaron a usar a los nativos. El no uso de estas ropas, en casi toda ocasión, hace pensar que la persona, cualquiera sea su raza, es extranjera. El lei de flores es también otra institución, y se cuelga al cuello de hombres y mujeres para darles la bienvenida, para despedirlos o simplemente para rendirles homenaje con cualquier motivo.

En comidas el Luau es tradicional, y cualquier paseo campestre presupone el Luau con la misma frecuencia que en nuestro país presupone el asado o las empanadas. En cuanto a deportes de playa

el Surf, antiguo pasatiempo de la nobleza nativa, ocupa un lugar de primerísima importancia.

Las festividades son las usuales en los Estados Unidos más ciertas otras propias de las distintas razas que pueblan las islas. La más importante de todas, sin embargo, y que se considera día festivo en el Estado, es el Día de Kamehameha (Kamehameha Day), que conmemora la vida del rey Kamehameha I, el unificador de las islas, fecha en que se desarrollan grandes paradas y que es uno de los días de mayor colorido en Hawaii.

Dos hitos importantes marcan lo que Hawaii es hoy: la II Guerra Mundial que arrasó con la tambaleante estructura social de predominio blanco, y el paso del antiguo Territorio a la categoría de Estado de la Unión que trajo la prosperidad a las islas.

La II Guerra Mundial dio a los "norteamericanos no blancos" su conciencia de ser tales, lo que significó la muerte de la jerarquización laboral en que la sociedad de predominio blanco basaba su poder. La mayoría no blanca pasó entonces a asumir el poder político por la fuerza de sus votos, y comenzó a formar una fuerte clase media que hizo batirse definitivamente en retirada a la antigua oligarquía terrateniente.

El paso a la categoría de Estado brindó a los hawaianos un mundo de posibilidades políticas al asumir en plenitud el papel de ciudadanos norteamericanos, y abrió para Hawaii las puertas de la abundancia. Los antiguos rubros primarios de entrada de divisas: la caña de azúcar y las piñas, quedaron desplazados a un honroso segundo lugar por el turismo, hecho posible en gran escala por el advenimiento del avión Jet, y por el gasto fiscal representado por las Fuerzas Armadas.

El primero de los rubros nombrados el turismo, ha tomado un auge insospechado, pasando Hawaii, por su posición casi central entre Asia y América del Norte, a ser el punto de atracción tanto de la costa oeste de Estados Unidos como del Japón. Alrededor de unos 300 aviones diarios, procedentes de Norteamérica, Canadá, Japón o aún de la misma Polinesia, llegan a Hawaii, desde el más modesto Boeing hasta el gigantesco

Jumbo Jet, trayendo centenares de turistas cada día, atraídos por la suavidad inalterable del clima de las islas, por la exótica leyenda que las rodea y por una bien montada organización turística que realiza una efectiva promoción. En Waikiki se levantan unos 2.000 hoteles, todos ellos de numerosos pisos de construcción vertical, y muchos miles de restaurantes, boites, discoteques y otros sitios de esparcimiento y recreación, donde el dinero fluye a raudales a la economía del Estado. Un comercio floreciente sirve de marco a este constante ir y venir de muchedumbres cosmopolitas, que se nutre indistintamente de los mejores productos de los centros de poder ribereños. Famoso es en este aspecto el Ala Moana Shopping Center en Honolulu que, al decir de los hawaianos, es el mayor centro comercial del mundo.

Pese a que la Isla de Oahu es un área geográfica relativamente pequeña, ha llegado a ser, a raíz de la II Guerra Mundial, el centro nervioso militar de los Estados Unidos en el Pacífico, coordinando el esfuerzo armado norteamericano sobre un espacio equivalente a casi la mitad de la superficie terrestre. Oahu es el asiento del Comandante en Jefe del Pacífico (Pacific Commander in Chief, abreviado CINPAC), que tiene bajo su mando sobre medio millón de hombres de las tres ramas de la Defensa Nacional, unos 400 buques de guerra y varios miles de aviones militares. La Comandancia en Jefe del Pacífico es ejercida por un oficial naval del grado de almirante que es asesorado por un Estado Mayor Conjunto. Bajo él están, también con asiento en Oahu, los Comandantes en Jefe de las tres componentes: el Ejército del Pacífico, la Flota del Pacífico y la Fuerza Aérea del Pacífico. La Base Naval de Pearl Harbor depende del "Commandant Fourteen Naval District", mando administrativo, con asiento en la Base, ejercido por un contraalmirante y dependiente de la Flota del Pacífico.

La Base Naval de Pearl Harbor es un enorme complejo logístico destinado a brindar apoyo a la Flota del Pacífico. Sus componentes mayores son el Astillero (Pearl Harbor Naval Ship Yard) y el Centro de Abastecimiento (Pearl Harbor Naval Supply Center). El Ship Yard, pese a depender militarmente del coman-



Punchbowl National Memorial Cemetery of the Pacific, fotografía aérea del cráter del volcán en que fue desarrollado. Al fondo se divisa una parte de la ciudad de Honolulu.

dante del 14º Distrito Naval (abreviado COMFOURTEEN), tiene una cierta autonomía de operación muy similar a la de ASMAR en nuestro país. Cuenta con 4 diques secos de carena y atiende también las reparaciones de los submarinos nucleares. La Base Naval cubre una enorme área marítima y terrestre, y cuenta con numerosas reparticiones para su funcionamiento; las nombradas son sólo las dos mayores de carácter netamente logístico naval.

El Elemento Funcional Sanidad está integrado, y es atendido por Tripler U.S. Army Hospital, un gigantesco complejo sanitario de 13 edificios agrupados en un bloque, ubicado en Moanalua, con una capacidad de 1.500 camas.

Pearl Harbor, como puerto, sólo puede ser definido como una bendición de la naturaleza. Se trata de un enorme puerto natural, casi cerrado, unido al mar por un angosto canalizo, que se interna unas 4 millas tierra adentro; algo así como un inmenso lago protegido de todas las inclemencias del tiempo, que en realidad en esa latitud son bastante escasas. Es limpio y de profundidades ideales como fondeadero. Está dividido en tres grandes dársenas naturales, denominadas West Loch, Middle Loch y East Loch, ocupando la Base Naval de Pearl Harbor sólo una parte de esta última dársena, en cuya medianía se encuentra la Isla Ford, de alrededor de una milla de largo por media de ancho. Pearl Harbor, como puerto, en realidad resulta demasiado grande

aun para una flota tan numerosa como la norteamericana. Como si todas estas ventajas fueron pocas, Pearl Harbor está circundado por extensos terrenos planos que permiten holgadamente todo el establecimiento terrestre que una base naval necesita.

Sin duda uno de los puntos de mayor interés de Pearl Harbor lo constituye el "USS Arizona Memorial", un hermoso monumento, algo así como un palafito descansando sobre columnas en el fondo del mar, construido a 90° sobre el casco hundido y semi aflorado del acorazado "Arizona", una de las víctimas principales del ataque japonés a la Base Naval. Desde este santuario cívico puede verse el casco a pique del buque, que contiene en su interior los cadáveres de los 1.200 hombres que con él se hundieron. En el pa'lo mesana del ex acorazado, hoy prolongado para darle altura sobre el monumento, flamea la bandera norteamericana que no ha sido jamás arriada desde que quedara aflorada a tope al irse a pique el buque el 7 de diciembre de 1941.

Otro monumento militar de gran interés lo constituye el Punchbowl National Memorial Cemetery of the Pacific. Desarrollado en el cráter extinguido de Punchbowl, una vez denominado Pu'u-o-waina, montaña de sacrificios, contiene los restos de los caídos en el Pacífico en defensa de los Estados Unidos de de la guerra Hispano-Norteamericana de 1898. Además de su belleza natural, y de su

impresionante extensión y sobriedad. constituye un magnífico mirador que domina la ciudad de Honolulu.

Interminable sería hablar de los lugares de interés que Oahu, o tan sólo Honolulu, tienen para el visitante: Iolani Palace, el Palacio Real, el Bernice Pauahi Bishop Museum, el Sea Life Park, etc. Honolulu, pese a su relativamente reducido número de habitantes, es una gran ciudad, y una gran ciudad turística. Tiene mucho que contar y mucho que mostrar al forastero. Guardando sus viejos rincones llenos de recuerdos, es una moderna y hermosa metrópoli construida en medio de un jardín tropical. Es el confort norteamericano llevado a una isla exótica y paradisíaca, es, en fin, la exacta combinación de la leyenda, la naturaleza pródiga y las comodidades modernas de la gran ciudad.

Hawaii, en general, y Honolulu en especial, rebosan en la abundancia; la disponibilidad de medios se advierte en todas partes: en los múltiples edificios modernos que se levantan con asombrosa velocidad, en las grandes autopistas con sus costosos pasos sobre nivel, tréboles y tamos elevados, en los grandes aeropuertos y terminales marítimos, en fin, a cada paso.

En cuanto al poder económico, político o de cualquier orden, cambió por tercera vez, y quizás ahora definitivamente, de manos. Descansa en una bullente clase media multirracial, que tiene la característica de estar en formación aún.

Hawaii vive en este aspecto el período que vivió el oeste norteamericano en la segunda mitad del siglo pasado, o el que vivió Punta Arenas hacia fines de siglo. Naturalmente los modernos aventureros o pobladores no llegan en diligencia sino en avión Jet, ni requieren hacerse justicia por su mano como entonces, porque, en la mayor base militar norteamericana quizás de todo el mundo, el poder represivo y preventivo estatal es enorme y eficientísimo. Encuentran en Hawaii un mundo de posibilidades, no ya en el rancho o en la estancia, sino en la industria y el comercio de un Estado donde hay dinero en abundancia, y donde nadie se interesa por el origen del que llega si es honesto, está dispuesto a trabajar, y respeta las sencillas normas de convivencia que la sociedad impone.

Todos los integrantes de esta poderosa clase social media son miembros de ella en primera generación, por lo que el recién llegado es uno más y no un advenedizo, y ni siquiera es extranjero ya que en el fondo en Hawaii todos lo son. Por eso, y también por su belleza, por su clima y por su leyenda, Hawaii ejerce un poderoso atractivo sobre la gente joven de países en vías de desarrollo, donde las posibilidades laborales son menores y menos lucrativas, donde el standard de vida es más bajo y donde las sociedades son más herméticas, más antiguas, más reluctantes al que trata de integrarse a ellas desde niveles sociales más modestos.

En cuanto al futuro, Hawaii puede estar tranquilo; por una parte su atractivo le ofrece una fuente inagotable de ingresos en la industria turística, y por otra su importancia estratégica es hoy mayor que ayer para los Estados Unidos. El desarrollo tecnológico tiende a hacer los ingenios bélicos, buques, aviones, etc., cada vez más dependientes de una adecuada infraestructura terrestre avanzada hacia el teatro de operaciones, y hacia el teatro del Pacífico, Hawaii se adelanta 2.000 millas. Hoy, más que ayer, Hawaii está en el "cruce de las rutas", y es un magnífico vigía adelantado, una oportuna posición de "early warning", si alguna vez los proyectiles intercontinentales adversarios usaran el Pacífico como ruta de aproximación. Y finalmente ¿no lo demostró la II Guerra Mundial?, quien posea Hawaii está en condiciones de alejar la guerra convencional del territorio propio, de concentrar las hostilidades en el "medio campo del contrario". Dicho en términos estratégicos: Hawaii da profundidad al dispositivo norteamericano hacia el Pacífico.

Y esto es tanto o más válido hoy que lo que lo fue ayer.

Al igual que en todos los grandes centros turísticos, junto a esta colectividad humana bullente que labora con afán o que gasta en su descanso parte de lo ganado con el trabajo de un año, existe en Hawaii, y especialmente en Honolulu, un subestrato, una verdadera lacra social, formada por traficantes de drogas, aventureros, prostitutas, "caza-bobos", y toda la gama de los bajos fondos que nunca falta en una gran ciudad, atraída por

la abundante corriente de dólares que el turista inyecta diariamente a la economía de las islas. Es un espectáculo sin duda deprimente, pero de ningún modo exclusivo. A Hawaii llega de todo: desde el millonario ya maduro que paga su descanso anual, hasta el adolescente extranjero que vino sin un centavo, no conoce el idioma, busca trabajo y no tiene donde dormir esa noche. El primero siempre regresa luego de dejar en las islas una gran cantidad de dinero, el último casi siempre se queda y su suerte es variable, dependiendo de su esfuerzo y el rumbo que elija. En una sociedad en formación y en una economía de la abundancia, oportunidades hay muchas, tanto de surgir como de extraviar el rumbo.

Pero nuestra visión del Hawaii de hoy no sería completa si nos olvidamos del verdadero hawaiano, del nativo de ancestro polinésico que es hoy minoría en las islas que otrora fueran su país. ¿Qué piensa?, ¿qué siente?, ¿es feliz en este mundo nuevo tan diferente al de sus antepasados? No creo estar calificado para dar una respuesta cierta a estas interrogantes, pero mi impresión es que si no es feliz por lo menos tampoco es desgraciado. Se trata de una raza que se sabe en extinción, que se sabe condenada, pero que marcha con resignación y sin alarde a su ocaso. Ya no se rebela, vive simplemente el día de hoy porque sabe que no habrá mañana.

Es posible que yo esté equivocado, pero vaya para muestra un botón y juzgue el lector por sí mismo. Visitábamos un grupo de chilenos el Polynesian Cultural Center, y dada la extensión del parque en que está ubicado, teníamos la opción de recorrerlo a pie, en pequeños carros o en canoa por los arroyuelos en parte naturales y en parte artificiales que le sirven de vías de acceso. Preferimos este último medio. Y es así como subimos a la canoa unas 12 personas, entre ellas cuatro chilenos. El botero, que hacía las veces de guía y gobernaba fincando a popa, era, según él mismo manifestó, polinésico de pura sangre.

Tendría unos 25 años, y entre él y uno de los turistas norteamericanos se entabló luego una conversación que derivó hacia la no ya tan reciente condición de Hawaii como Estado de la Unión. De

pronto el norteamericano, tal vez imprudentemente, le preguntó que le parecía esto a él. El polinésico, sin rencor, pero con el rostro inexpresivo y la mirada perdida en el vacío respondió: "It makes no difference", lo que en buen chileno podrá traducirse como "da lo mismo". Se hizo silencio en la canoa, todos quedamos pensativos y ya no volvimos a hablar. El paseo terminó pocos minutos después.

EL EMBRUJO DE LAS ISLAS

Amigo lector: hemos realizado juntos un imaginario y largo viaje a través del tiempo y el espacio, reviviendo hechos, recordando cosas; Ud. tratando de entender qué y cómo es Hawaii y yo tratando de explicarlo. Ojalá lo haya logrado siquiera parcialmente, y ojalá también que la lectura de este extenso artículo le haya proporcionado a Ud. tan sólo una pequeña parte del agrado que a mí me proporcionó escribirlo.

Creo sin embargo que no sería honesto con Ud. si terminara mi descripción aquí, sin tratar al menos de responder a una pregunta que seguramente bulle en su mente: ¿es real la tradicional fama de paradisíacas que las islas hawaianas tienen?, ¿o es su encanto tan sólo un mito de los antiguos navegantes perpetuado por una hábil propaganda turística?

Sé que mi respuesta parecerá acomodaticia y poco definida, pero infortunadamente es la verdad: hay mucho de mito en la fama de Hawaii, pero también hay mucho de realidad.

Debemos recordar en primer término que el turismo es una industria, y como tal requiere de una eficiente promoción de ventas. Esta industria vende en Hawaii belleza natural y leyenda. La belleza natural existe indiscutiblemente en las islas, la leyenda también, pero al no ser esta última tan evidente a los ojos del recién llegado como la primera, es necesario ponerla a su alcance; y esto es lo que hace la industria turística.

Hay innumerables espectáculos que pese a su profusa propaganda nada poseen de autóctonos, pero que cumplen la finalidad de satisfacer al turista medio y de mostrarle, aunque sea en forma ele-

mental, algo de lo que es Hawaii en la visión adulterada que él tiene de las islas.

Pero bajo todo eso existe el indiscutible encanto de Hawaii que sólo se da a los que están dispuestos a borrar de su mente toda imagen preconcebida y a hacer un esfuerzo para entenderlo.

Hawaii, pese a su confort moderno y a su abundancia, tiene aún todo el encanto con que lo describió Mark Twain hace ya un siglo, en las frases llenas de nostalgia que encabezan este artículo: "Ninguna tierra extranjera en todo el mundo tiene para mí tan profundo y fuerte encanto como esa tiene; ninguna otra tierra podría obsesionarme tan vehementemente dormido y despierto, durante la mitad de una vida, como esa lo ha hecho. Otras cosas me abandonan, pero ésta permanece; otras cosas cambian, pero ésta sigue igual. Para mí su aire fragante está siempre soplando, sus mares de verano destellando al sol, el batir de su oleaje está en mi oído; puedo ver sus roqueríos engalanados, sus cascadas saltarinas, sus palmeras plumosas meciéndose en la playa, sus cumbres lejanas flotando cual islas sobre la corona de nubes. Puedo sentir la sensación de soledad de sus bosques, puedo oír el cantar de sus arroyos. En mis sentidos aún vive el aliento de flores que perecieron hace veinte años".

Sí, amigo lector, así es Hawaii, y ese es el sentimiento que deja en quienes lo conocieron y comprendieron, magistralmente descrito por Mark Twain, y que yo no podría expresar en mis pobres palabras.

Ud. lo comprenderá si alguna vez tiene la suerte de visitar las islas. Comenzará a entenderlo cuando llegue el momento de partir, cuando sus amigos lo despedan en el muelle con el tradicional "Aloha", colgando a su cuello el "lei" de flores frescas y perfumadas; cuando la Royal

Hawaiian Band, o una banda de la Armada norteamericana rompa con los acordes del inolvidable "Aloha Oe", Adiós a Ti, la canción que compusiera la reina Liliuokalani; cuando Ud. baje los ojos y vea que entre el casco de su buque y el muelle hay un espacio de agua, y se da cuenta que ya ha comenzado a partir. Lo comprenderá cuando, ya fuera del puerto con sus adioses y agitar de pañuelos, contemple la magnífica visión de la ciudad de Honolulu flanqueada por Pearl Harbor, Punchbowl, el Pali y allá al norte Diamond Head, el volcán cuya característica silueta es el símbolo de la ciudad; lo comprenderá cuando trate de grabar en su mente cada detalle de esta última visión para llevarla consigo, para preservarla del tiempo y la distancia; lo comprenderá, finalmente, cuando la silueta de las islas se haya desvanecido en el horizonte marino, entonces, cuando Ud. desprenda de su cuello uno de los "lei", que sus amigos le dieron al decirle adiós, y cumpliendo con el ancestral rito hawaiano lo arroje silenciosamente al mar, en la estela de su buque, como un tributo a los dioses polinésicos del océano para que le concedan la gracia de regresar algún día.

Bibliografía:

"YOUR NAVY IN HAWAII".— Publicación oficiosa de la Base Naval de Pearl Harbor.

"HAWAIIAN GUIDE BOOK FOR VISITORS".— Elizabeth E. Cockett.

"ATLAS OF HAWAII".— O.A. Bushnell.

"HAWAII INVITES YOU".— John Tsukano.

"HAWAII'S STORY".— Liliuokalani, Reina de Hawaii.

"HAWAII".— James Siers.

